

Presentación Revista Anales Séptima Serie N°14/2018 – Emilia Schneider

Yo vengo a comentar este lanzamiento como parte del movimiento feminista estudiantil, no tanto por haberme tocado ejercer una vocería sino que pretendo que la visión que entregue sea más bien la de quien vio y fue parte de este proceso de re articulación del movimiento social en estos últimos años. Justamente creo que ese es el valor de publicaciones como las que tenemos hoy; recuperar nuestra historia y re escribir LA historia en clave feminista, generando conocimiento desde la elaboración, la praxis política y cómo dialogan los distintos posicionamientos dentro del movimiento, que van formando nudos en el “hilo verde” -o lila- que trenza el legado de las que vinieron antes y las que vendrán. Ya lo decía Julieta Kirkwood en “Ser política en Chile”, donde avanza y deja planteado este desafío. Este año se repite una constante, y es que parece que el movimiento feminista siempre parte de cero, como si no hubiera nada previo y fuéramos las primeras, y eso mismo es aquello tan cómodo para la dominación, que nos priva de las discusiones históricas del feminismo y reduce nuestra historia a efemérides y personajes anecdóticas, como si lo nuestro no fuera construcción colectiva de una política que se rebela al orden e incluso a quienes creen desordenarlo, como si fuéramos un paréntesis y todos nuestros anhelos se hubieran quedado en mayo del 2018. Así, cabe destacar que intelectuales, dirigencias sociales y distintas personalidades se hayan dedicado a pensar este proceso, para leer desde nosotras mismas esta ola feminista.

Nos han hechos creer que el feminismo corre por un carril separado a los grandes conflictos sociales, a la gran política y a la izquierda. Ejemplos sobran para decir que dicha cuestión no es cierta, que las compañeras sufragistas lucharon por ampliar la democracia, que mujeres como Aleksandra Kollontai y J.K. se enfrentaron a la exclusión de la izquierda de los mal llamados “problemas de la mujer” considerados una contradicción secundaria, que ante el terrorismo de Estado y las desapariciones en Dictadura otras fueron quienes se levantaron para recuperarla, por nombrar algunos. Nos han negado los espacios, nos han relegado a lo privado y aún así cuando rompemos esa condena nos niegan la historia. Este año también “la gran política”, de grandes varones dirigentes, se encuentra con el feminismo, y uno de los principales bastiones de resistencia de la izquierda radical ante el avance neoliberal en estos últimos 30 años, como es el movimiento estudiantil, se ve interpelado y permeado de esta perspectiva. Queda por verse, y es responsabilidad nuestra (no solo estudiantes, porque las comunidades universitarias son protagonistas del MS por la educación), si ello nos permite en

serio reconstruir una actoría social que pujan por la emancipación y la democratización de nuestra sociedad. De lo que no queda duda es que nos volvimos a tomar las calles y sacudimos todo, el ME y MS, la política, la izquierda y nuestras instituciones.

Este año nos acomodamos bastante a la palabra “autoconvocada”, a mi siempre me pareció bastante inadecuada, y es justamente porque queda como tarea pendiente re leer y apropiarse del proceso de construcción de este incipiente movimiento, enmarcado en un proceso mayor de despertar del movimiento feminista en Chile y el mundo tras un largo silencio, proceso que sin duda no empieza ni termina en mayo del 2018, sino que veníamos politizando y visibilizando nuestras propias violencias y opresiones hace un largo tiempo. No es casualidad además, que sea en el espacio estudiantil donde se produce uno de los mayores estallidos feministas del último tiempo, es ahí donde las y los subalternos veníamos organizandonos hace tiempo, pero es ahí también donde una política sumamente masculina nos restaba importancia y nos relegaba a espacios secundarios, a “comisiones de mujeres y colas”, como si lo nuestro no tuviera nada que ver con los grandes problemas de nuestra sociedad y no fuera más que una particularidad. Así, el feminismo en el movimiento estudiantil, a mi juicio, no solo se rebela contra esta forma de hacer política y contra esta perspectiva sectorial y/o culturalista del feminismo, sino que profundiza y se levanta contra la ya denunciada crisis de la educación chilena, y porta la posibilidad de re abrir la disputa por la educación pública y la transformación del modelo en Chile, en tanto la demanda por educación no sexista se va dotando de contenido y se visibiliza como un programa que permite articular y convocar mayorías, movilizando a miles de profesores/as y estudiantes. El gran salto que dimos fue, nuevamente - así como el movimiento estudiantil anteriormente -, quebrar los estrechos márgenes políticos que nos impuso la transición y sus políticas de género, sosteniendo que para construir espacios seguros y libres de violencia ya no basta con sanciones y formalidades, sino que necesitamos cuestionar el carácter mismo de la educación y echar mano de dichas herramientas para construir nuevos sujetos/as, nuevas formas de relacionarnos y desde los cimientos dar a luz a una nueva sociedad. Asimismo develamos, como bien hace también un texto de esta edición, que si bien la opresión en razón de género es previa a la creación del capitalismo y más aún de su fase neoliberal, el mercado, que hoy regula la mayor parte de los aspectos de nuestras vidas y su reproducción, en sí produce y reproduce lógicas sexistas, que siguen manteniendo el peso de la reproducción del orden social sobre los hombros de mujeres y cuentan con la exclusión de las disidencias sexuales para no subvertir esa familia heterosexual que le sirve de sostén. Lo vimos en la educación, y

por más que intentaron que reducirnos a un paréntesis en el ME que nada tenía que ver con sus reivindicaciones históricas, varias sostuvimos y así se empieza a vislumbrar en algunos petitorios - como el que se encuentra en esta edición - que el feminismo y esta etapa del movimiento tienen estrecha relación con la anterior y con la pelea por la educación como un derecho social, que el mercado desvaloriza y precariza las carreras e instituciones feminizadas, a las cuales somos destinadas mujeres y disidentes sexuales por una educación moralizante que nos deja bien claro cuál es nuestro lugar; el mundo privado, la reproducción, los cuidados y servicios. Queda claro entonces que, si bien todos y todas vivimos las profundas problemáticas que trae consigo un modelo educacional de mercado, ello golpea de manera más brutal a mujeres y disidentes, y que la única posibilidad de la construcción de una nueva sociedad, libre de violencia y que empiece a subvertir los roles de género en el capital, vendrá de la mano de una educación pública no sexista, que eduque a las mayorías del país - sin segregar por el dinero que tenemos en el bolsillo, por género o identidad sexual - en contenidos y prácticas disidentes al modelo educativo actual.

Así, vemos enfrentadas distintas posiciones dentro del movimiento que determinarán sin duda su porvenir, tenemos por un lado posiciones punitivistas y esencialista que buscan resolver las grandes problemáticas que hemos denunciado y no apuntando a la reproducción de dicho orden social, distanciados por lo tanto de cuestionamientos estructurales, y además sitúan el “límite” de la articulación del movimiento feminista bajo un criterio identitario, cayendo de lo cual como movimiento históricamente hemos intentado rebelarnos; esa supuesta categoría universal que es el ser mujer, que homogeniza nuestras vivencias y dificulta una articulación política, un movimiento con acuerdos sustantivos que permitan intervenir y remecer la historia y el devenir de nuestra sociedad. Por otro lado, y dónde creo que se sitúan la mayoría de autoras/es de esta edición y yo misma, tenemos una vereda que puja por concretar el potencial de democratización que porta el movimiento feminista, en tanto interpela el abuso de poder y el secuestro por parte de ciertos sectores conservadores y empresariales del quehacer universitario, sus recursos e incluso los cuerpos de nuestras compañeras, y que empieza a levantarse en distintos espacios contra la privatización de la reproducción de la vida - por ejemplo, en diálogo con el movimiento por la seguridad social como un derecho, desde la trinchera por el aborto libre, seguro y gratuito en relación a la salud pública y la educación sexual, etc -, que va delineando una articulación que supera el mero hecho de “ser mujer” - que de repente deja más preguntas que respuestas, o más respuestas con contenido hegemónico -, que no nos mete a todas en el mismo saco pues nos encontramos porque

compartimos una visión de sociedad similar, que busque superar la precarización de la vida y conquistar una sociedad de derechos, como dijimos desde el movimiento feminista este 8 de marzo, sin tener certeza de todo lo que vendría después.

Para ir terminando, me quedo con una cita del artículo que escribieron mis compañeros Camila Miranda y Carlos Ruiz que es diagnóstico de lo ocurrido pero también invitación a seguir haciendo historia y mantener vivo el legado del feminismo subversivo: “Es que las hijas de la modernización neoliberal ven reducidas sus posibilidades de ascenso social, como promesas de incorporación a través de la educación y del mercado laboral, ante unas agudas y privatizadas condiciones de reproducción social. El mandato social del género permeado por la fase neoliberal empieza a incubar sus propios malestares”.

Hoy tenemos ante nosotros/as la posibilidad histórica de reabrir un ciclo de transformaciones en Chile que permita ampliar nuestra restringida democracia, no solo porque la demanda por educación no sexista solo tendrá solución en la medida en que pujemos en conjunto por una reforma a la educación chilena que en serio expulse las lógicas de mercado sexista de ella, sino porque en tiempos en que la derecha, el conservadurismo y el neoliberalismo avanzan sin contrapeso e impulsados por el ímpetu de la restauración tras la movilización y la irrupción del feminismo, es ahí donde se vislumbra la posibilidad también de construir una oposición social y política a dicho orden que porte también el potencial de construir uno nuevo, donde todas, todos y todes seamos parte de una sociedad con derechos. Es nuestro deber y una necesidad que el feminismo no sea un paréntesis en la historia y en la política, ahí está la condición de posibilidad en este ciclo político que empieza con tiempos vertiginosos de que esos intereses históricamente excluidos de la política transicional se expresen en la construcción de un nuevo Chile.